

**U**NO de los mayores atractivos que ofrece escribir en una revista es el contacto con los lectores; el español es poco dado a dirigir cartas, pero, aun así, recibo un cierto número procedentes de lectores que piden consejo sobre una cuestión muy concreta, que me sugieren que escriba sobre un determinado tema o que critican mis opiniones con más o menos dureza. A caballo entre el primer y el segundo grupo, un corresponsal desearía que me ocupe del problema de la disfunción sexual entre los jóvenes.

Todavía se discute entre los especialistas si la disfunción sexual ha aumentado en los últimos años y si hay un fenómeno de desinhibición que lleva a los jóvenes a consultar sobre sus problemas sexuales con más frecuencia de la que lo hacían sus padres. Hace algún tiempo, el doctor Sopena Ibáñez, una de las pocas autoridades en sexología con que cuenta nuestro país, aseguraba que "los casos de fracasos sexuales entre parejas jóvenes son cada vez más numerosos". Es muy posible que intervengan los dos factores antes citados en ese aumento de los jóvenes que consultan por desarreglos de su vida sexual.

Aparte de los casos más intensos (el hombre que nunca ha sido capaz de obtener o mantener una erección antes o en el curso del coito o la mujer completamente desinteresada de la vida sexual), hay trastornos de menor importancia que llevan a los jóvenes a consultar o, lo que es peor, a inquietarse y sentirse desgraciados. Entre las mujeres, se trata ante todo de la aversión sexual, la dispareunia (aparición de dolor vaginal en el curso o después del coito), el vaginismo (espasmo de la parte anterior de la vagina, que dificulta o incluso impide la penetración del pene) y la anorgasmia (ausencia de orgasmo, aun sintiendo placer por la relación sexual). En el hombre, los dos trastornos más frecuentes son la impotencia secundaria, que aparece por causas a veces difícilmente determinables en varones que han tenido un rendimiento sexual normal, y la eyaculación prematura.

## Información insuficiente

En una época en que pululan los libros y los artículos sobre sexualidad, no es raro encontrar jóvenes que se quejan amargamente de una falta de información seria. Creo que en este sentido corresponde una buena dosis de culpa a los médicos.

En 1973 tuve el agrado de dar en la Escuela Nacional de Sanidad un cursillo sobre "Sexología y educación sexual", el primero del género organizado por esta entidad, destinado a médicos y otros profesionales sanitarios. Ya entonces pude observar en los médicos una

cierta reticencia ante la temática sexual. Pueden describirse en ellos tres posiciones: 1) Los que consideran que las disfunciones sexuales se resuelven solas y que el médico no tiene por qué intervenir; 2) los que desearían actuar, pero se sienten incapaces de hacerlo porque la Facultad no les ha preparado para ello, que constituyen el grupo claramente más numeroso, y 3) los que alegan falta de tiempo para ocuparse de estas cuestiones en sus sobrecargadas consultas de la Seguridad Social.

El resultado de esas tres actitudes es que el joven que desea asesoramiento en materia sexual, rara vez encuentra a un médico competente al que dirigirse. Se trata, pues, de una grave carencia de la formación del médico y de su actitud hacia los problemas sexuales de sus pacientes.

La labor del médico se ve además dificultada por la que pudiéramos llamar manía clasificatoria de su profesión. Poner una etiqueta a un paciente es útil para el ulterior

tratamiento, pero en las cuestiones sexuales puede crear traumas difíciles de superar. Un joven que tiene dificultades de erección, que es sometido a un examen de esperma y que se entera de que presenta una hipospermia (número reducido de espermatozoides activos), puede caer en un estado de ansiedad que agrave su disfunción sexual. Pero la realidad es que todavía no se conoce con precisión cuál es el número de espermatozoides que puede considerarse normal. Un estudio reciente del tocoginecólogo inglés G. T. Kovacs (1) le ha permitido observar que entre 50 matrimonios que hablan tenido hijos, casi la mitad de los maridos tenían un número de espermatozoides inferior al considerado hasta ahora como normal.

El establecimiento de límites numéricos en materia sexual es todavía más difícil en España, donde se carece casi por completo de estu-

(1) British Medical Journal, 1 abril 1978 ("The postcoital test: What is normal?").

dios serios sobre la vida sexual del español o la española. En ese sentido, considerar, como hacen algunos, que "La sexualidad femenina", de R. Serrano Vicens, es un libro estadísticamente serio equivale a ignorar lo que es una auténtica investigación estadística. No se puede pretender que un grupo de enfermas, no elegidas al azar, de una determinada región geográfica, constituyen representantes fiables de la mujer española en general. En el remoto caso de que lo fueran, sería por pura casualidad.

Por fortuna, en los últimos años ha aumentado considerablemente el número de centros y de especialistas de diferentes disciplinas que se ocupan seriamente de la sexualidad. El fruto de sus trabajos se dejará sentir prontamente.

## El riesgo de la sexualidad

Llevamos en España unos quince años de retraso en la "revolución" sexual. Por ello es instructivo saber lo que está sucediendo en los países que iniciaron el movimiento, como los Estados Unidos. En una reciente reunión de la Asociación Americana de educadores, consejeros y terapeutas sexuales, la vicepresidente, Shirley Zussman, ha señalado que, según algunos miembros de la Asociación, la falta de deseo sexual parece ser el principal problema del 50 por 100 de sus pacientes; antes, los trastornos más frecuentes eran la eyaculación prematura, la impotencia y la falta de orgasmo; ahora hay cada vez más jóvenes que se quejan de interesarse poco las relaciones sexuales.

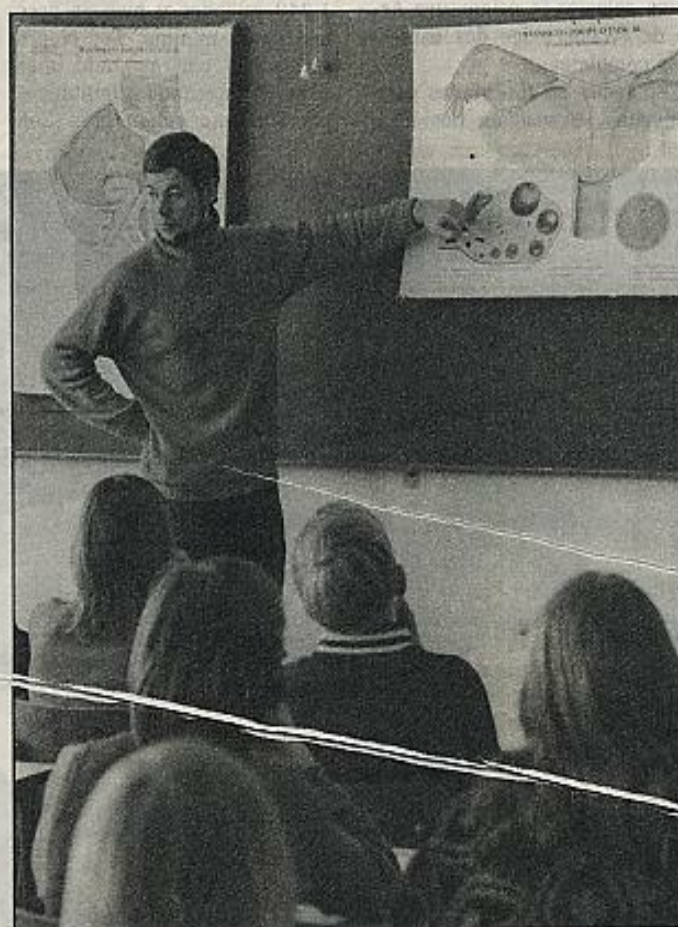
Para algunos jóvenes, un largo periodo de abstinencia sexual es incluso agradable y útil. Les coloca al margen de la presión que supone tener que alcanzar un determinado nivel, igual que en el trabajo o en los deportes. La aplastante proliferación de libros, revistas, películas, etcétera, sobre sexualidad ha producido en algunas gentes un verdadero empacho.

Además, una elevada proporción de la información que circula está centrada en cifras (número de coitos, longitud del pene, longitud del clítoris, número de masturbaciones, etcétera), como si la sexualidad pudiera reducirse a una sesión gimnástica, que debe comprender tantas o cuantas flexiones y extensiones para ser completa.

No pueden establecerse normas cuantitativas para la sexualidad. Cada ser y cada pareja la entienden de un modo único y peculiar, en el que es difícil diferenciar lo somático de lo psíquico porque ambos aspectos del ser humano aparecen íntimamente entremezclados. Tras siglos de ensalzar el amor y ocultar su expresión física, podemos estar cayendo ahora en el error opuesto: creer que la sexualidad es una función orgánica más, como la digestión o la respiración.

# Disfunciones sexuales

Dr. J. A. VALTUENA



El ideal es que la educación comience en la escuela y, preferentemente, a cargo de equipos multidisciplinarios especializados.